

Arturo Trejo Villafuerte**A las musas**Para mis compañeros Mauricio, Fernando,
Isolda y Fabiola, en Santa Martha Acatitla*I. *ALLEGRO*

[sto que ahora expongo y argumento, le pueden llamar como quieran: ponencia, alegato, ensayo, artículo. Más que una disquisición erudita, que bien la podría hacer, es una llamada de atención y una crítica para quienes enseñan Literatura: llámense maestros o literatos. Estamos enseñando un Arte y para enseñarlo deberíamos de hacerlo con amor, con pasión, a la manera de los Grandes *Master* o *Magisters* del Renacimiento: por principio, debería enseñar la materia quien la domina y practica. No sucede así porque la Cultura actual, los requisitos prácticos del mundo moderno, nos obligan a la parcialización y la atomización del conocimiento.

Pero la Literatura —como algo Totalizador, puesto que nuestro mundo real, el único posible, se interpreta a través del lenguaje— es la materia que tiene que ver con todo; ya que igual nos proporciona un

* Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma Chapingo y miembro del Programa de Investigación en Historia de la misma institución.

sentido de la historia; nos da un concepto de pasado, presente y futuro; es generadora de Arte y Ciencia, puesto que todas las grandes ideas filosóficas, los descubrimientos e inventos de la humanidad, se plasman en la escritura; y como el ser humano es el único animal que hace cultura y es capaz de generar, crear y recrear a través de la evocación —que se vuelve historia y prosa— y de la invocación —que se vuelve poesía y ciencia ficción—, el lenguaje resulta una de las expresiones cumbres de la Humanidad.

Pero también la Literatura se utiliza para que el hombre adquiera una intención o un sentido Moral a través de la religión (que en su acepción mas profunda implica encaminar hacia el bien o “el bien común”), lo que hacemos al leer la Biblia, por ejemplo, pero que también tiende a hacerse política, puesto que quienes se dedican a ella también buscan “el bien común”. De la misma manera que adquirimos la intención o el sentido Ético, que implica enseñar, investigar o buscar la verdad, a través de los libros de Historia y de Derecho, los cuales no dejan de ser literatura. Al igual adquirimos la intención o el sentido de lo Estético, que es el encuentro con la belleza, o deleitarnos y conmovemos con la belleza, a través de la poesía y la narrativa. Todo esto ligado íntimamente, puesto que Ética, Estética y Moral están en constante comunión, son permeables y nunca se da una sin la otra. T. S. Eliot observaba como relación de estas intenciones: “No hay desarrollo de la Cultura sin el apoyo de una religión o viceversa”.

No está de más señalar una máxima del alemán Max Weber respecto a la política, que bien queda para la Literatura: “Hay quienes viven de la política y quienes viven para la política”. Así también sucede con nuestra materia: Hay quienes viven de la Literatura y quienes viven para la Literatura. La diferencia podría ser sutil pero es significativa: hay un abismo entre hacer Literatura y enseñar Literatura. Un gran escritor como Julio Torri fue un pésimo maestro —como lo supo la escritora Beatriz Espejo, alumna del escritor en San Ildefonso y además lo ha escrito por ahí—. Era un erudito en la materia, tenía

una prosa clara y fluida, sabía de Literatura lo que nadie, pero no la sabía enseñar. El caso contrario sería el de Juan José Arreola, de formación autodidacta, quien además de ser un buen escritor tiene la facilidad de la palabra y una erudición al servicio de la enseñanza, sus clases siempre eran didácticas, pedagógicas, siempre se aprendía algo en ellas, siempre tenía algo que enseñarnos de la vida y de la literatura el viejo maestro. Nadie de los que tomamos sus clases de Creación Literaria, en la Facultad de Filosofía y Letras, con él, salimos defraudados.

Cide Hamete Benengeli, el gran escritor de origen árabe, quien nos ha proporcionado páginas deliciosas, tenía un dicho al respecto: “Quien sabe y no sabe explicar lo que sabe, es un tonto, no lo sigas. Pero quien sabe y sabe explicar lo que sabe, es un maestro, síguelo”.¹

Una y otra postura implican una postura o intención Ética, Estética y, por supuesto, Moral, ya que en el *cómo* damos la materia, el *qué tanto conocemos* de la materia y *qué tanto amor* le tenemos o le profesamos están las bases del vivir *de* o *para* la Literatura. Lo crítico del asunto, lo verdaderamente grave es que hace más daño un mal maestro de literatura que un mal escritor. El primero afectará a muchos posibles lectores cautivos, con sus ideas y sus apreciaciones sobre los autores, los libros y la lectura; el segundo, con su mala prosa o poesía, sólo se afecta, de principio, a sí mismo y luego a los lectores desprevenidos.

La división en este jardín de senderos que se bifurcan entre el “*para*” y el “*de la*”, se da incluso entre los mismos escritores: algunos medran con su vocación, otros saben que el pago que da la Literatura no es de este mundo.

Pero volvamos a la enseñanza, a la Academia, al proceso que va de quien escribe al lector, pasando por ese gran intermediario, para bien o para mal, que es el profesor de la materia y quien determinará, de

¹ Alex Sancipriani d' Praga, *Las andanzas del otro Quijote*. Ed. Cuadernos imaginarios, México, 1979. 169 pp. En especial el ensayo “Cide Hamete Benengeli entre nosotros”, pp. 69-102.

muchas maneras y formas, el destino, el gusto literario y vital de algunos niños y jóvenes.

El creador está preocupado por escribir, publicar, trascender con su obra y lograr el puente fino de la comunicación con el lector. El maestro de Literatura quiere, en la mejor de las veces, inculcar el hábito de la lectura en sus alumnos y, en el peor de los casos, hacer como que enseña mientras que su patrón hace como que le paga. Pero el presunto lector, por edad y por aficiones, aún no tiene la capacidad de discernimiento, de reflexión y de razonamiento para saber qué le conviene y qué no; tampoco las herramientas necesarias para llevar a cabo la actividad de la lectura.

Fernando Savater escribía que es muy difícil enseñar pero es más difícil aprender, por lo que no estamos ante un caso que se resuelva fácil. Esta situación se presenta como una misión imposible, sobre todo cuando se sabe que la lectura está en desuso por todos los motivos imaginables del mundo: nos enfrentamos a *Homo videns* (niños y adolescentes más expuesto a la pantalla de la tele, el videojuego, la computadora, que ante los libros y las palabras, Giovanni Sartori *dixit*); agréguesele a esto el alto precio de los libros, la imposibilidad de concentrarse y sobre todo la idea de que la lectura no es una actividad vital.

Ha sucedido el siguiente caso: que alguien, sobre todo un niño o un adolescente, se encuentra leyendo o escribiendo, pasa el padre o la madre y le suelta el clásico: “Qué estás haciendo ahí sentadote, ponte a hacer algo, nada más estás de ocioso”.

Esa es la idea que se tiene de la lectura y de la escritura: algo ocioso. En la sociedad capitalista el ocio se asume como una pausa en el trabajo, un instante para el relajamiento y los placeres del consumo, pero nunca como esos momentos en que se puede estudiar, leer, cultivar el espíritu, puesto que el verdadero cambio posible, la verdadera revolución, como decía Rudolf Bahro en su libro *La alternativa*, es la del espíritu a través de la lectura, aprovechando los grandes espacios de ocio que da la vida moderna. Y este prejuicio, sobre lo que es ocioso

o no, tiene su razón de ser en lo que significa para el mundo moderno lo práctico, que es utilitario, y lo superfluo, que es inoperante; ambas nociones nos vienen desde que las dos grandes categorías humanas, el Arte y la Ciencia, fueron separadas abruptamente.²

Pero por ironías de la vida, sobre todo a partir de la experiencia de Summer Hill, de las escuelas activas y de los Colegios de Ciencias y Humanidades, se vuelve a hablar de interdisciplinaridad, se aspira, en medio de los gobiernos tecnócratas y neoliberales, a volver a reunir a las Ciencias y a las Humanidades; aunque el problema reside y sigue siendo, en el caso de la Literatura, que ésta se asuma como un Arte liberador, que proporciona por principio placer, una materia que tiene que ver más con lo lúdico y lo ilógico y que, a pesar de ser una de las Bellas Artes, tan aparentemente superfluas, tiene un uso práctico, cotidiano, puesto que diario se está haciendo uso de la lengua y del lenguaje a través de la palabra hablada y escrita.

Los maestros de Literatura no están enseñando algo muerto sino algo vivo, a diferencia de los que enseñan Filosofía, por ejemplo —y que, en la mayoría de los casos, no son filósofos—, cuyo material de trabajo está plasmado desde hace mil o más años, con cánones establecidos e inmovibles, y que ellos no pueden modificar con nuevos pensamientos, ni aportan ni generan nuevas ideas, sino que sencillamente repiten, mecánicamente, lo que alguien pensó, dijo y escribió —si fue el caso— desde una antigüedad muy remota, hace miles, cientos, o decenas de años, muchas veces sin comprenderlo cabalmente y sin practicarlo. Esa es una de las miserias de la Filosofía y que ha sido señalada por F. W. Nietzsche en *La gaya ciencia* y por Karl Marx en *La ideología alemana*.

Eso no sucede con la Literatura, que está aquí con nosotros, desde el pasado, pero también en lo actual y contemporáneo y apuntando

² W. H. Auden, *La mano del teñidor*. Barral Editores, Barcelona, 1974. 224 pp. Léase en especial el “Prólogo: leer-escribir”, pp. 9-34.

hacia el futuro; porque siempre hay obras nuevas que aportan algo a la humanidad. Carlos Fuentes me comentaba, en alguna ocasión mientras desayunábamos, que se han escrito muchas páginas sobre muchas cosas, pero que aún falta mucho por escribirse de tantas otras.

Tengo que partir de mi experiencia personal para luego marcar las diferencias y similitudes con lo que hacemos, enseñamos y predicamos; luego quisiera hilar, mi ponencia o texto, para argumentar sobre la lectura obligatoria de los mal llamados textos “Clásicos”, algo que considero ahora ya es sumamente antipedagógico, antipedagógico y discutible, que parte de viejos vicios que nos alejan de la lectura y nos crean pensamientos mal inculcados respecto a lo que es y no es un texto literario, el placer de la lectura y la importancia que pueda tener un autor.

Como todos lo que tuvimos infancia e instrucción, también fui al kinder, la primaria, la secundaria, la preparatoria y la universidad. Debo decir que a mi jardín de niños le debo el volverme ateo, gracias a dios, porque era escuela de monjas y enseñaban puras madres. Vino la educación elemental, la primaria, la que en honor a la verdad, debería de omitir, porque el mismo maestro nos daba todas las materias y, como buen normalista, le interesaban más las ciencias naturales que las ciencias humanísticas, pese a que luego estudió Derecho, por lo demás, no puedo ni siquiera recordar —acaso por el tiempo transcurrido o por la edad que ahora tengo— cuáles fueron mis lecturas, sólo recuerdo vehementemente las de Rosita y Pepito, un libro de lecturas anterior a los de texto gratuito y *Las aventuras de Rompetacones*.

En la secundaria tuve tres maestros de Literatura: el primero en la Prevocacional 1 del IPN, escuela técnica y por tanto sin ninguna atención para las materias humanísticas, carencia académica que se ha pagado con creces al formar a gente insensible como Ernesto Zedillo Ponce de León, por ejemplo. Luego, el segundo, en la secundaria No. 86, donde debo confesar que nunca atendí lo que decía la maestra sobre la materia, sino tan sólo a sus piernas y sus senos; pero ahí, pese

a que no aprendí Español ni Literatura, comencé a comprender la importancia de las palabras que generan ideas y conceptos, lo que me ayudó bastante en mi educación sentimental, que también comenzaba. Por esas épocas comencé a escribir unos poemas, muy malos por cierto, dedicados a María de Lourdes, Delfina, Olivia, Beatriz y, sobre todo, a Patricia. En la secundaria No. 93 me tocó el tercer maestro, José Luis Samaniego Flores, “Samaciego” para los cuates, por sus lentes con fondo de botella, quien nos dejaba leer a *El Quijote de la Mancha*, *Amadis de Gaula*, el *Mío Cid Campeador*, *Roldán y los doce pares de Francia* y varios más. Mientras el maestro, por encargo de la SEP y acaso como un resabio de lo que quería hacer José Vasconcelos con el país: volverlo culto. “Samaciego” nos ponía a leer un capítulo de *El Quijote* en cada clase mientras que él, aprovechando sus lentes con fondo de botella, se ejecutaba unas sabrosas siestas con ronquidos incluidos en Do Mayor sostenido *monto vivache*. Esa era la idea que tenía de los clásicos españoles de la literatura: ronquidos sostenidos, aburrición y una lectura a la que no le encontraba ningún sentido.

En la Preparatoria todo cambió: tuvimos que soportar a los porros, figuras ahora sí que “clásicas” de esa época de terror, pero teníamos ya la ventaja de las experiencias vitales: éramos sobrevivientes del 68. No estábamos aún conscientes completamente de lo que sucedía a nuestro alrededor, pero ya había una idea de lo que era la vida y más idea de nuestro quehacer estudiantil. Aquí cambió radicalmente el concepto de lo que era la escuela, porque ahora gustosamente nos quedábamos ahí; también los maestros eran de otro tipo o al menos no llegaban a dormirse en clase.

En el caso concreto de los cursos de Literatura, tuve a dos excelentes maestras, ambas llamadas Carmen. Una de ellas, ya de edad avanzada, fue alumna de Salvador Novo, en un curso de verano, y de Carlos Pellicer, en la Secundaria No. 4. La segunda, joven y bella, era egresada de la Facultad de Filosofía y Letras y nos hacía leer a un clásico griego comparándolo con un autor contemporáneo.

A la primera le debo las primeras nociones que tuve de la lengua y literatura Náhuatl y el haber conocido a un tipo raro y desgarbado, con un peluquín rojo, que resulto ser el maestro Salvador Novo. A la segunda mi incipiente dedicación a la escritura, puesto que ella fue la primera en corregirme mis pésimos poemas escritos a la manera de José Martí, Amado Nervo, Manuel Gutiérrez Nájera y otros autores decimonónicos, además de asesorarnos en el primer periódico estudiantil que fundamos. Ellas dos, más los maestros de Filosofía, Ética, Historia y Ana María, la de Etimologías grecolatinas, que tenía más tipo de bailarina de burlesque que de *teacher*, definieron mi gusto por las Humanidades y la Literatura (y por las mujeres fatales).

2. HABACIO MUYTO ESPRESSIVO

¿En qué momento comencé a leer con auténtico placer a los clásicos griegos y latinos? Cuando ya estaba en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, cuando en Ciencia Política, Economía, Literatura y Sociedad, Historia o Teoría del Estado, teníamos que recurrir a Platón, Aristóteles, Sócrates, para explicarnos la dialéctica, los modos de la filosofía o una situación actual que ya estaba explicitada por ellos, para comprender el devenir del mundo. Partía de una necesidad pero ya se había vuelto un placer, donde mis maestros eran quienes señalaban las lecturas más ciertas de las inciertas, puesto que a esa edad nuestro gusto no está completamente definido. Aún ahora, constantemente, afinó mi gusto, aunque mi Estética ya no ha cambiado.

¿En qué momento se puede leer a los clásicos para bien y en qué momento no? Por principio debo decir que no comparto la idea de imponer algo que muchas veces ni siquiera se ha leído bien o no se entiende en su exacta dimensión. Los griegos eran muy inteligentes y lúcidos, se burlaban de sus dioses, de sus reyes. Hacían humanos a sus dioses y endiosaban a sus héroes. Eso no es fácil de lograr, sólo un

pueblo con talento lo podía hacer y ellos, con la Mitología y la Historia, lo hicieron. Era un pueblo que creía en sus escritores, por eso Homero, Hesiodo y muchos más han llegado hasta nosotros. Ellos que eran escritores de su tiempo y de su mundo, lo trascendieron. Nosotros que somos hombres de nuestro tiempo y del único mundo posible, no somos capaces de creer en los escritores de nuestro tiempo.

Muchos maestros de Literatura pregonan que se debe leer a los clásicos pero, si escarbáramos un poquito en sus conocimientos, nos daríamos cuenta que no los han asimilado, que no disfrutaron de su lectura, que no viven con las enseñanzas que ellos les proporcionaron sobre la Ética, la Estética y la Moral, que no han sabido plasmar sus enseñanzas de modo creativo sino conservador. Esos maestros empeñados en viajar al pasado, nos muestran más sus carencias que sus ambiciones, inquietudes y lecturas. La pretensión erudita de que por leerlos a ellos somos mejores que los otros, es una idea conservadora que tiene su explicación en que muchos de ellos padecieron esas lecturas y ahora quieren que otros las padezcan. Parecerían decir: "Si yo sufrí tienes tú también que sufrir".

¿Por qué leer a los clásicos? Ya Italo Calvino se tomó la molestia de escribir un libro de suyo interesante, *Por qué leer a los clásicos*,³ con una muy buena traducción de Aurora Bernárdez, por cierto primera esposa de Julio Cortázar, por lo que ni siquiera vale la pena citarlo incansablemente aquí, puesto que es un libro que todos los que enseñan literatura deben conocer, porque ya han leído a los clásicos y por eso los recomiendan.

No le quito la importancia que tienen todos esos autores y libros que nos precedieron, pero pienso que la llegada a ellos debiera ser permeable, llegar a través de otros selectos escritores que, por si fuera poco, también son clásicos y que además ya forman parte de nuestra

³ Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*. Tusquets Editores, Barcelona, 1992. 278 pp. Véase el ensayo con ese nombre, pp. 13-20.

tradición como hombres occidentales y mexicanos contemporáneos. ¿Por qué no acceder a ellos a través de *La experiencia literaria* de Alfonso Reyes, por ejemplo?

Por las biografías y por lo que sé de muchos escritores, descubro sin estupor ni sorpresa, que muchos de los que se consideran buenos y eruditos, no tuvieron su iniciación literaria leyendo a los clásicos. José Emilio Pacheco, por ejemplo, leía las revistas de box y lucha libre, donde por cierto descubrió por deducción e intuición que Rudi (Rodolfo) Guzmán era *Santo el enmascarado de plata* y se ganó un premio otorgado por una revista deportiva. Jorge Luis Borges leía novelas y cuentos de aventuras, sobre todo de Chesterton, Kipling y H. G. Wells; y también Alfonso Reyes hacía ese tipo de lecturas. Rafael Cansino Assens, erudito entre los eruditos, a quien le debemos la traducción de *Las mil y una noches* del árabe al español, sólo leía libros de historia. Carlos Fuentes comenzó leyendo a Joseph Conrad y a Emilio Salgari para luego pasar a *El Quijote*. Ricardo Garibay me comentaba —y luego lo escribió en *Oficio de leer* (Grijalbo, México, 1996. “Lo policial, los clásicos y los necios”: “...Hay que tener hígado para soportar a los clásicos, ciertamente. Qué cantidad de tonterías. El intolerable simbolismo. Lo acomodaticio de las invenciones. La cháchara del lujo del idioma; ese lujo en la embriaguez de sí mismo. No, no. Si estamos enfermos de inmediatez —como quiere Santiago Genovés—, y de ahí que las lentas y tácitas proposiciones de los siglos clásicos, a veces, sorpresivamente nos fastidien más que la cuenta”, [pág. 18]) que comenzó a leer a los clásicos ya bastante crecido, en los ratos de ocio que le proporcionaban sus múltiples chambas.

Cuando somos niños o adolescentes no podemos ni sabemos manejar el concepto de “Clásico”, que lo es como el concepto de “Amor” o “Libertad”: un conocimiento aunado a una experiencia, ambas personales e indivisibles, antes que nada. “Clásico”, lo dice quien más sabe de ello, Jorge Luis Borgés, ‘tiene su etimología en *classis*: ‘fragata’, ‘escuadra’. Un libro clásico es un libro ordenado, como todo

tiene que estarlo a bordo; *shipshape*, como se dice en inglés. Además de ese sentido relativamente modesto, un libro clásico es un libro eminente en su género. Así decimos que el *Quijote*, que la *Comedia*, que *Fausto* son libros clásicos.

Aunque el culto de esos libros ha sido llevado a un extremo acaso excesivo, el concepto es distinto. Los griegos consideraban obras clásicas a la *Iliada* y a la *Odisea*; Alejandro, según informa Plutarco, tenía siempre debajo de su almohada, la *Iliada* y su espada, los dos símbolos de su destino de guerrero. Sin embargo, a ningún griego se le ocurrió que la *Iliada* fuese perfecta palabra por palabra. En Alejandría, los bibliotecarios se congregaron para estudiar la *Iliada* y en el curso de ese estudio inventaron los tan necesarios (y a veces, ahora, desgraciadamente olvidados) signos de puntuación. La *Iliada* era un libro eminente; se lo consideraba el ápice de la poesía pero no se creía que cada palabra, que cada exámetro fueran inevitablemente admirables. Ello corresponde a otro concepto...

A pesar de la musa (el concepto de la musa es bastante vago) algún traductor inglés ha creído que cuando Homero dice: 'Un hombre iracundo, tal es mi tema', 'An angry man, this is my subject', no se veía al libro como admirable letra por letra: se lo veía como cambiable y se lo estudiaba históricamente; se estudiaban y se estudian esas obras de un modo histórico; se las sitúa dentro de un contexto.

Ahora pensamos que un libro es un instrumento para justificar, defender, combatir, exponer o historiar una doctrina. En la Antigüedad se pensaba que un libro es un sucedáneo de la palabra oral: sólo se lo veía así. Recordemos el pasaje de Platón donde dice que los libros son como las estatuas, parecen seres vivos pero cuando se les pregunta algo, no saben contestar. Para obviar esa dificultad inventó el diálogo platónico, que explora todas las posibilidades de un tema..."⁴

⁴ Jorge Luis Borges, *Siete noches*, FCE, México, 172 pp. Véanse, pp. 125-127.

Por toda la argumentación anterior, siento que siempre será difícil entrar, por primera vez y desarmado, al mundo de los clásicos, sobre todo si no se tienen experiencias previas, lecturas análogas. La excepción podría ser que se posea una biblioteca familiar, pero ni Christopher Domínguez Michel, quien la tuvo y es un joven erudito, empezó sus lecturas con los clásicos.

No está de más citar a un auténtico erudito, Rafael Cansino-Assens, maestro reconocido de Jorge Luis Borges, quien señalaba al hablar de la influencia de los árabes en nuestra cultura: “Así como la rosa viene de Persia y la canela de la India, los llamados libros clásicos tienen su origen en la región indoeuropea. De ahí vienen los griegos y los latinos, *El Quijote* y *El Mio Cid*, *La Biblia* y *El Corán*, lo que le da un carácter etnocentrista y europeo a algo que seguimos manejando como ‘nuestro’ cuando en realidad es una cultura impuesta”.⁵

Para entender a los clásicos cabalmente, para asimilarlos, deben existir algunas experiencias previas que muchas veces el posible lector no tiene. Debe existir la necesidad de querer saber más, la necesidad de comprender y querer transformar al mundo, lo que significa la esencia humana. Lo decía José Ortega y Gasset: “Venimos a este mundo a hacer”.

Cuando se le impone a un muchacho la lectura *El Asno de oro* de Apuleyo, por ejemplo, estamos alejando, acaso para siempre, a ese estudiante de la lectura y de la literatura. Si viviera Apuleyo, él mismo se quitaría como lectura obligatoria para una escuela. El maestro cumple con el programa escolar pero termina con un posible lector. Independientemente de a lo que se vaya a dedicar el joven, debería entender y disfrutar de la lectura. Me gustaría pensar en matemáticos, físicos, ingenieros, filósofos que, además de dominar su materia, sean

⁵ Arnulfo Conde Domínguez, *Los trabajos y los días de Rafael Cansino-Assens*. Ed. Taposin, México, 1981. 106 pp. Léase el prólogo de René Germán Aguilar, pp. 9-14.

lectores de literatura, amantes de las humanidades, de la buena música, del teatro, de la danza.

Si se trata de hacer lectores estamos bifurcando los senderos. A mí me gusta la lectura porque Gustavo Sainz nos recomendó tanto a los autores de la Onda, como a los de la Generación Beat, los “Jóvenes Airados”, José Revueltas, Sófocles, la *Iliada* y la *Odisea* y luego el *Ulises* de James Joyce. El anhelo de José Vasconcelos, de repartir a los autores clásicos griegos y latinos entre los campesinos y obreros, era una idea noble y loable, pero estaba mal enfocada: primero se necesitaba de alguna instrucción y luego propiciar la cultura lúdica, o al revés, pero con buenos maestros a un lado: aquellos que aman y sienten pasión por su materia de trabajo, que entienden lo que están haciendo.

W. H. Auden, en *La mano del tañedor*, señalaba que: “Los griegos podrían ser considerados más duros de corazón que nosotros, pero más claros de pensamiento al aceptar y defender la institución social de la esclavitud; ellos sabían que el trabajo es en sí una esclavitud, y que ningún hombre puede sentirse personalmente orgulloso de ser obrero, albañil u operario. Un hombre puede enorgullecerse de ser un trabajador, es decir alguien que fabrica objetos duraderos, pero en nuestra sociedad el proceso productivo ha sido tan racionalizado en nombre de la velocidad, la economía y la cantidad que el rol del empleado de una fábrica como individuo se ha reducido demasiado para significar algo como trabajador, y casi todos los trabajadores han sido reducidos a operarios...”

Las artes no son susceptibles de ser racionalizadas, pues el artista continúa siendo personalmente responsable de su producción, esto le da fascinación al trabajo artístico sobre todo por la naturaleza del arte mismo y a la forma de trabajo del artista; el artista, cosa única en nuestra era, es su propio patrón.⁶

⁶ W. H. Auden, *op. cit.*, pp. 86-87 y ss.

¿Por qué no se asumen los maestros como más artistas y menos operarios? Quizás ahí estaría la clave de la formación integral de los educandos. Trabajar con la guía de un programa pero ser más anárquicos y libres en la enseñanza y en las lecturas.

¿Por qué los maestros de Literatura se empeñan y quieren enseñar a los clásicos latinos y griegos? ¿Por qué no a los clásicos alemanes, portugueses, mexicanos, chilenos? En ocasiones siento que confunden a los autores y libros clásicos con los viejos y anacrónicos. El primer planteamiento a la pregunta inicial es que, por muchas razones ideológicas sobre todo, aún no sabemos ser lo que somos, tendríamos que decir que en esa actitud hay una posición etnocentrista que marca a lo europeo como lo superior —ya lo señaló Cansino Assens—, cuando, lo sabemos perfectamente, que la literatura Náhuatl, la de los indios americanos, la de los esquimales, tienen las mismas equivalencias lingüísticas, sociales y culturales.

¿Qué respuestas podemos considerar de esta actitud?

La primera que se me ocurre es la ignorancia de otros ámbitos, porque no han leído bien a los clásicos y por tanto no saben que hay sus correspondientes en otras regiones geográficas, pero además no quieren apostar por los otros, porque eso significa adentrarse en lo desconocido y eso siempre es un reto, lo que no cualquiera asume.

La segunda es que lo hacen por comodidad, porque ya los leyeron una vez hace muchos años —así es mi caso y no lo niego, los leí hace mucho tiempo— y ahora no quieren hacer el esfuerzo de leer a los modernos, nuevos, los contemporáneos.

La tercera porque no tienen otra cosa que hacer.

Y la cuarta porque desde su criterio, ven a la materia, que les proporciona el sustento como algo con lo que hay que cumplir, sin involucrarse con ella, sin suministrarle la pasión y el amor necesario, porque, finalmente, un maestro convencional de literatura, como está mal pagado y como no deja de vivir “de la” Literatura, ve a la materia como algo que corresponde más al museo, al aparador y que debe ser desinfectado con naftalina.

Todas estas respuestas las considero sumamente conservadoras y retrógradas. Y todas, en igual medida, afectan al posible lector, quien es, por cierto, la base misma de la materia. El lector es el eje rector de lo que hacemos como escritores y como maestros.

¿Por qué no leen los maestros de literatura a los nuevos clásicos, a los clásicos contemporáneos? Porque no tienen tiempo, porque cuesta trabajo, porque hay que conseguir los libros, porque son autores nuevos que no conocen y no quieren arriesgarse a que les gusten otros. Con estos criterios, por principio, están negando el devenir histórico y la Literatura, en estricta esencia, es historia y es histórica. “Los enanos también comenzaron desde pequeños”, diría el director de cine Werner Herzog y muchos de los escritores contemporáneos, dentro de algún tiempo, menos del que nos imaginamos, serán grandes.

Hace algún tiempo escuché un programa en Radio Educación, donde una locutora, supuestamente informada, llamada Carlota Villagrán, tenía en sus manos la *Revista antológica América* y exclamaba extasiada: “Pero qué barbaridad. Ésta sí es una gran revista, no como las que ahora circulan por ahí. Vean, en este número colaboran Rosario Castellanos, Edmundo Valadés, Efrén Hernández, Rubén Bonifaz Nuño, Juan Rulfo, Dolores Castro y Jaime Sabines”. Lo que nunca dijo fue que la fecha de publicación de la revista correspondía al año 1956 y ellos, en ese momento, eran tan desconocidos como ahora lo puedo ser yo y otros compañeros de mi generación. “Así como nadie ve crecer la hierba, así también nadie ve pasar la historia”, decía con suma justeza el escritor soviético Boris Pasternak.

Dicha locutora hacía patente su ignorancia de la Literatura como parte de un proceso renovador, además de no tener idea de lo que significa la Preceptiva Literaria, que es escribir ahora y para los de aquí, con el lenguaje de nuestro tiempo. Eso fue lo que hicieron los escritores griegos en su momento y que ahora son deificados como la neta del planeta. ¿Hasta cuándo nos vamos a quitar los grandes complejos ideológicos respecto a la cultura y la literatura?

Precisamente a eso voy y quiero llegar: ¿Qué nos dan los clásicos y qué nos dan los clásicos actuales? Lo mismo en términos emotivos, pero los actuales tienen la gran ventaja de que están más cerca del lector, de su mundo y de sus sentimientos. Con los clásicos actuales se coincide en el tiempo, el espacio y la sensibilidad. Rubén Bonifaz Nuño es tan excelso en su *arts* poética como en su momento lo fue Catulo.

Y resulta que estamos hablando de Literatura, que, manifestaba Ezra Pound, “es el lenguaje cargado de sentido hasta el grado máximo. La literatura —sigue diciendo el viejo tío Ezra—, es una novedad que sigue siendo novedad... La literatura no existe en el vacío. Los escritores como tales tienen una función social definida, exactamente proporcional a su habilidad como tales... Los buenos escritores son aquellos que conservan la eficiencia del lenguaje, que lo mantienen preciso, claro”.⁷ ¿Queremos hacer buenos lectores, que conozcan la eficacia de la lengua y sus usos o pseudo eruditos que se alejaran definitivamente de la lectura?

José Gutiérrez Mantecón, en su libro *Los hábitos de la lectura en México* (Trillas, México, 1984), nos proporciona datos impresionantes: en el Distrito Federal sólo 19 por ciento lee libros y 27 por ciento lee diariamente, en esos datos se incluyen estudiantes, maestros, periodistas, escritores y todos los que profesan el hábito. 36 por ciento lee por interés en el tema; 20 por ciento por necesidad; 15 por ciento por recomendación; 9 por ciento por el autor; 7 por ciento por curiosidad; 2 por ciento por el título; 1 por ciento por coleccionar. Nos corresponde casi el 001 por ciento de lecturas al año. Dichas cifras ahora (año 2001), se han incrementado para mal y sigue siendo una cantidad miserable para un país de casi 100 millones de habitantes —más 18 millones que están en el extranjero, Vicente Fox dice— y en donde se habla más español que en la propia España.

⁷ Ezra Pound, *Ensayos literarios*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1960. 420 pp.

Aníbal Egea, el gran poeta colombiano que abandonó la poesía para vivir plenamente vida como lo propuso Arthur Rimbaud, escribió que la literatura “era una prolongación del alma... Qué parecido el contacto con la literatura a la posesión continuada, repetida y novedosa de tocar en otro cuerpo el nuestro...”⁸ A eso bien se le puede llamar pasión.

Carlos Fuentes tiene este párrafo revelador: “La literatura —es la lección de Jorge Luis Borges— no se dirige sólo a un misterioso porvenir, sino a un misterioso pasado. El pasado debe de releerse constantemente. El futuro del pasado depende de ello.

El significado de un libro no está detrás de nosotros, sino que nos encara. Y tú lector del Quijote, eres el autor del Quijote porque cada lector crea su libro, traduciendo el acto finito de la escritura en el acto infinito de la lectura”⁹

La Literatura, lo sabemos quienes vivimos “*para la*” Literatura, es algo vivo y por lo mismo merece ser respetada en sus grandes méritos y en sus profundas cualidades.

Antonio Castro Leal, citado por Carlos Montemayor, dijo que la lengua nace y prospera por los pueblos y los poetas, y que se empobrece cuando el pueblo no tiene una vida activa y plena, o cuando carece de poetas que lo expresen. De una manera semejante pensó T. S. Eliot, pero agregó que a ese empobrecimiento podría seguir el de la cultura de ese pueblo y su desaparición bajo culturas más fuertes.¹⁰

Y parecería que eso estamos esperando: el empobrecimiento y la barbarie, porque no somos capaces de reconocer que nosotros también, ahora y aquí, podemos formar y generar a los Nuevos Clásicos.

⁸ Aníbal Egea, *El Cuaderno de*. Ed. Brevedad, Bogotá, 2000. 64 pp. Presentación de Vicente Quirarte y palabras introductorias de Patricia Santuario, pp. 11-20.

⁹ Carlos Fuentes, *Casa con dos puertas*. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1979.

¹⁰ Carlos Montemayor, *La tradición literaria en los escritores mexicanos*. Ed. UAM-Azcapotzalco, México, 1986. Col. “Laberinto” núm. 5. 38 pp.

¿Qué pasaría si volteáramos los ojos hacia nosotros mismos, si leyéramos a los que ahora están cerca en tiempo y espacio? Se fortalecería la industria editorial mexicana, se tendría un conocimiento mas profundo de lo nuestro —ésa es la lección a la inversa que nos deja la “Generación del Crack”: leyeron a autores alemanes, ingleses, franceses y a los clásicos, pero han desdeñado a los autores mexicanos del siglo XIX y anteriores, además de no acercarse a los contemporáneos: Efrén Hernández, José Revueltas, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Luisa Josefina Hernández, Guadalupe Dueñas, Sergio Galindo, Juan Vicente Melo, José Emilio Pacheco, Sergio Pitol, Juan García Ponce, Gustavo Sainz, José Agustín, Parménides García Saldaña, Severino Salazar y René Avilés Fabila. Y tampoco a sus predecesores: Enrique Serna, Daniel Sada, Agustín Ramos, Luis Arturo Ramos, Mauricio Carrera, David Martín del Campo, Josefina Estrada, Armando Ramírez, Emiliano Pérez Cruz y tantos más—.

La Literatura Mexicana contemporánea, actual, es una de las más sólidas del mundo. Carlos Fuentes me platicó una anécdota: Milán Kundera, tan adorado y aclamado por los lectores “snobs” y villamelones mexicanos, le comentó que quería escribir una novela totalizadora, donde coexistiera pasado, presente y futuro, donde tradición, leyenda e historia se conjuntaran, pero leyó *Terra Nostra* y desistió de la idea porque ahí estaba ya la gran novela que él quería hacer. El único problema es que la escribió un mexicano y ¿cómo leer a un connacional si podemos leer a un checoslovaco? Ésos son los dilemas de la globalización y por eso se producen sujetos insensibles y pusilánimes como Ernesto Zedillo, preocupado por su porvenir cuando dejara la Presidencia —sabiendo que él sí tenía resuelto su problema económico pero todos los demás mexicanos no— y que no tenía “cash” para comprar una artesanía nacional. Así también muchos lectores actuales no tienen “cash” para comprar “artesanías mexicanas”. Igual pasa con muchos maestros de literatura: se conmocionan y pasman con la literatura extranjera, pero no tienen “cash” para adquirir

literatura mexicana actual; y los clásicos ya los adquirieron desde hace mucho tiempo, porque siempre han sido baratos y ahí están, aunque no los hayan leído.

Como en el poema “Para que sirven los clásicos” del polaco Zbigniew Herbert, traducido por José Emilio Pacheco, seguimos volteando hacia Europa, sobre todo a Grecia e Italia, esperando que Tucídides en el cuarto libro de la Guerra del Peloponeso, nos cuente la historia de su fracasada expedición, que es como un alfiler en el bosque, mientras nos invaden desde Europa y Estados Unidos, con modas, estilos, ideología, cultura, literatura, comida y nuestra Cultura, ese híbrido fabuloso marcado por el mestizaje, lo indígena y lo occidental, se fragmenta, palidece, porque no sabemos apreciarla, porque no reconocemos la grandeza de sus poetas y escritores.

Nuestra cultura se fragmenta por nuestra indiferencia, pero seguimos volteando el rostro hacia donde ya no hay nada sino solo el recuerdo de un esplendor pasado. Nosotros, a través de la literatura, podemos cohesionar una forma y un modo de ver el mundo a partir de lo que propiamente es lo mexicano y para ello contamos con nuestra propia tradición.

Proudhon lo decía: “Hay que pugnar por el arte nuevo, un arte nuevo que se agita, concebido en las entrañas de la revolución; lo siento, lo adivino, por más que sea incapaz de suministrar el menor ejemplar”.¹¹

Por eso hay que apostar por lo que viene, por lo que está, y nunca por lo que ya se fue y está anquilosado y sin vida, excepto la que le podamos dar nosotros con una nueva lectura, con una novedosa interpretación, pero los maestros de literatura convencionales, no son precisamente quienes aportan las nuevas ideas que revocarán y renoverán los conceptos que se tienen sobre “lo Clásico”, con mayúsculas.

¹¹ André Rezler, *La estética anarquista*. FCE, México, 1974. 140 pp.

En lo personal apuesto por los nuevos clásicos y sobre todo los mexicanos. Conviene seguir a Pound: "Cada época posee sus dones en abundancia, pero son pocas las que los convierten en materia perdurable". Para eso hay que arriesgar, porque los clásicos, en su momento, también fueron la decisión de un gusto estético. No sabemos nada de la literatura latina leída por la clase gobernante, pero sí sabemos lo suficiente de la literatura plebeya, que se decía en las calles en latín vulgar.

Carlos Montemayor, en su discurso ante la Academia Mexicana, señalaba que "si entre nosotros el tema de una literatura nacional se ha distinguido por un impulso de fuerza, de polémica, en Eliot, en cambio, es visto como hecho permanente y universal; definió al *clásico* como aquel en quien 'todo el genio de un pueblo está latente', porque expresa al máximo 'el carácter de ese pueblo'. De ahí pensó que una obra es universal cuando además de esa plenitud en su propia lengua tiene igual significación ante varias literaturas extranjeras... Aquí son tan importantes las culturas antiguas y contemporáneas, como los pensadores, investigadores y críticos".¹²

Nuestra Literatura se encuentra entre la Tradición y la Ruptura, pero no pertenece totalmente a ninguna de las dos; siempre es más cómodo no apostar y quedarse quieto, quien no hace nada no es criticado. Volcados siempre hacia el extranjero, antes a los griegos y latinos, después a los franceses e ingleses y ahora hacia los gringos, nunca acabamos de comprender y entender qué somos quienes aquí estamos y vivimos, y qué debemos y podemos comprender.

Escribir para nosotros, para los que junto a nosotros viven, para los que vivirán en los mismos sitios que nosotros hemos amado y recorri-

¹² Montemayor, Carlos. *Op. cit.*

do, puede ser también la diferencia entre la conciencia que nos hace ser de un sitio o ser de ninguno. Me asumo como de aquí y de ahora, por lo que aprecio a los escritores de mi generación y hago la apuesta por los que vendrán y, repito, nunca por los que se fueron. La Literatura (y la poesía) mexicana no descansa en Paz.

Así como en su momento fui el editor de *Tres de ajo (dido)* de Emiliano Pérez Cruz en 1983, cuando yo era jefe de producción de Editorial Oasis, además de otros tantos autores jóvenes; así también intuí, en 1974, que Ricardo Castillo era un poeta fuera de serie y, en la medida de mis posibilidades, lo apoyé y luego, cuando ya era un autor consagrado, fui su editor en la Colección Literaria “Los Cincuenta”, 20 años después de que leí sus primeros poemas en el suplemento “México en la Cultura” de la revista *Siempre!* No niego a los clásicos pero apuesto por el futuro, nunca por el pasado sin sentido claro de para qué nos puede servir pedagógica y didácticamente hablando, y en qué medida todo esto puede ser de provecho para un posible nuevo lector.

Siento que el mejor tiempo posible es el presente y, aunque no exista el futuro, creo en él. Para explicarme claramente, para llegar a mis motivos más recónditos, tendría que citar y parafrasear al gran poeta chileno Vicente Huidobro: “La poesía de los clásicos no me interesa como poesía, pues no soy clásico: tampoco la música de los ángeles me interesa algo más, ya que no soy ángel.

Soy un hombre, simplemente, un poeta, y lo que me interesa es la poesía de los poetas.

Ahora, y porque en nuestro mundo no hay poetas, vamos a buscar fuera de la poesía, en el mundo de los clásicos, de los ángeles o de los sonámbulos.

Yo contesto: no. En mi opinión, debemos tratar de que nazca esta poesía que nunca ha existido, de que crezca en nuestro campo y no en el del vecino ni en el planeta Marte, esa planta que nos falta y que buscamos por sobre toda otra cosa con angustia y avidez.

La imaginación de los clásicos es una imaginación sumamente restringida; su poesía es pobre y realmente, si no es por el diletantismo, no comprendo por qué ha llegado a sobre valorársela como algunos lo han hecho actualmente".¹³

4. *BONDO (ALLEGRO MA NON TROPPO)*

Apuesto por los Nuevos Clásicos de la Literatura Mexicana, de José Agustín para acá, y sobre todo en los poetas, por muchas razones, y siento que ellos son los que se deben leer y enseñar en las escuelas para hacer un profundo cambio en la materia de Lengua y Literatura, Español o como se le llame, a nivel bachillerato y universidad. Largo sería el enumerar, describir y señalar las características de estos nuevos autores, sobre todo porque en nuestro país se dio una explosión de poetas que no ha sido explicada casi por nadie.¹⁴ *La Asamblea de poetas jóvenes* de Gabriel Zaid, fue la primera que señaló dicho fenómeno. Ahí se consideró a cerca de 600 poetas menores de treinta años, muchos de los cuales ya tenían algún libro o plaquette publicada. A la luz de esa realidad innegable, deberíamos de examinar a estos nuevos autores clásicos mexicanos y llegar a otras conclusiones sobre la materia.

5. *FINALE (PRESTO)*

Lo cierto es que apuesto por los autores jóvenes, porque quiero crecer con mi generación, participar de la creación de los Nuevos Clásicos

¹³ Vicente Huidobro, *Poética y estética creacionista*. UNAM, México, 1994. 312 pp. Selección y prólogo de Vicente Quirarte. Col. "Poemas y ensayos".

¹⁴ Arturo Trejo Villafuerte, *La esponja y la lanza*. CONACULTA-UNICACH, México, 1996. 162 pp.

de la Literatura Mexicana y, como ya casi llevo al medio siglo, tengo la fortuna de verlos hechos una realidad.

Jorge Luis Borges decía que para que un autor o un libro se volviera “clásico”, debía esperar siquiera 25 años. Ya estamos a punto de celebrar los 25 años de la aparición del *Pobrecito señor X* de Ricardo Castillo y de *Mester de Hotelería* de quien esto escribe —es este año, el 2001—. ¿Podemos apostar por ellos y considerarlos como nuevos clásicos? Creo que sí y, si no sucede otra cosa, serán lectura obligatoria cuando un Nuevo Modelo Educativo sobre la materia de Literatura nos alcance.

Ya me cansé.

Bondojito-Chapingo-Iztapalapa, agosto de 2001

BIBLIOGRAFÍA

- José María Álvarez, *Al sur de Macao*. Ed. Pre-textos, Valencia, 1996, 288 pp.
- T. S. Eliot, *Notas para la definición de la cultura*. Ed. Bruguera, Barcelona, 1983, 188 pp.
- Juan García Ponce, *Apariciones (Antología de ensayos)*. Ed. FCE, México, 1987, 536 pp.
- Robert Graves, *Los dos nacimientos de Dionisio*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1980, 260 pp.
- Esteban Krotz, *Utopía*. Ed. UAM-Iztapalapa, México, 1980, 298 pp. Segunda edición corregida y aumentada: 1988.
- Eugenio Montale, *En nuestro tiempo*. Ed. Rotativa, Barcelona, 1972, 124 pp.
- Blas Pascal, *Pensamientos*. Ed. ESPASA-CALPE, Madrid, 1940, 154 pp. Novena edición: 1981.
- Ezra Pound, *El arte de la poesía*. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1978, 132 pp. Serie del volador.

- Ibidem*, *El ABC de la lectura*. Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1968, 202 pp. Segunda edición: 1977.
- Alfonso Reyes, *La experiencia literaria*. Ed. FCE, México, 1962, 222 pp. Primera reimpression: 1989.
- Levin L. Schucking, *El gusto literario*. Ed. FCE, México, 1950, 138 pp. Cuarta reimpression: 1978.
- George Steiner, *Lenguaje y silencio*. Ed. GEDISA, México, 1990, 400 pp.
- Arturo Trejo Villafuerte, *La esponja y la lanza*. Conaculta-UNICACH, México, 1996, 162 pp.